

“TENGO LA TRANQUILIDAD DE HABER SIDO UN HOMBRE DE FAMILIA Y TRABAJO”

José Lozupone

Los orígenes

Nací el 2 de noviembre de 1946, en la provincia de Bari, en el sur de Italia. Fui el segundo de los dos hijos de Juan y Dolores.

En 1949, con sólo dos años y medio, nos embarcamos hacia la Argentina y nos instalamos en Villa Insuperable, a tres cuadras de la Avenida General Paz. Tengo lindos recuerdos de mi niñez. Con mis amigos podíamos jugar a la pelota en la General Paz, donde sólo pasaba un colectivo por hora.

Cuando yo tenía 9 años, nos mudamos a donde vivo actualmente, en San Justo. Estábamos a tres cuadras del Camino de Cintura y desde el fondo de la casa se veía el horizonte. Era como vivir en el campo.



José y Haidée, cuando eran novios.



Mallas de alambre de Zollino y Lozupone.

Cursé el colegio primario en la Escuela N° 35. En general, fui un buen alumno, aunque era malo en ortografía. Es que en mi casa se hablaba italiano y eso me dificultaba el aprendizaje del idioma y sus reglas.

Cuando terminé sexto grado, dejé la escuela para trabajar en una fábrica de trefilado de alambre.

La empresa había sido fundada en 1957 por mi cuñado, Javier Zollino. Él trabajaba en una trefiladora de alambre. Un día, los dueños le ofrecieron ponerle un galponcito en San Justo y le prestaron unas máquinas que no usaban, así se convirtió en proveedor de sus patrones.

Con el tiempo, Javier se casó con mi hermana. Yo empecé a trabajar en ese galpón de mi cuñado. Empecé sirviendo mate, y después fui aprendiendo el oficio. Teníamos mucho trabajo porque había pocos trefiladores.

A los 15 años, decidí volver a la secundaria. Con mucho sacrificio, cursé en el normal de San Justo, donde me recibí de bachiller. Luego hice tres años más en una escuela donde seguí la especialidad de técnico constructor.

Una aventura industrial

En una época, la fábrica de trefilación andaba mal y la empresa no daba para mi cuñado y para mí. Como él tenía familia, le dije que iba a buscar otra cosa. Él necesitaba el trabajo más que yo.

Entré en una empresa de iluminación, donde me pusieron a dibujar planos. Allí estuve dos años, en los que aprendí mucho.

Rollos de alambre de Zollino y Lozupone.



Al cabo de ese tiempo, la trefiladora de alambre donde había quedado Zollino estaba en dificultades y fuertemente endeudada. Así que volví a la empresa. Corría 1978. Era una empresa pequeña, de sólo 5 personas.

Llegué y empecé a poner orden. Aquello coincidió con el hecho afortunado de que mi padre ganó la lotería. Cobró más de medio millón de pesos. No era una fortuna, pero sí era una buena cantidad de dinero, que nos ayudó para levantar la empresa y ordenarnos.

Trabajé duro, y hacía de todo. Yo mismo manejaba las máquinas y entregaba los productos en mi rastrojero.

A fuerza de trabajo, pudimos comprar un galpón de 800 m², en una calle de tierra.

Hacer industria en la Argentina

Me casé en 1981 con Haydée Carmen y nos fuimos tres meses de luna de miel a Italia. Era una época de crisis y no había nada de trabajo. Así que dejé instrucciones para que en mi ausencia los empleados pintaran el galpón.

En Italia aproveché para visitar una exposición. Allí vi cosas que después puse en funcionamiento en nuestra empresa, como los bobinadores.

Fue un salto grande que nos permitió cambiar la forma de trabajar y profesionalizar nuestra firma.



Vista de la planta de Zollino y Lozupone.

Fuimos comprando máquinas e incorporando gente. Llegamos a tener un plantel de unos 15 trabajadores.

A lo largo de los años, fuimos atravesando las distintas dificultades de la economía argentina y los vaivenes en el precio del estaño, insumo clave de nuestro producto, porque no se oxida.

Pasamos muchos momentos de “malaria”. Atravesamos varios meses en que no entraba ni un peso a la empresa. A veces, cuando el precio del estaño se multiplicaba, los clientes cancelaban todas las compras.

Pero tuvimos un golpe de suerte. En una fiesta, conocí a dos químicos. Les comenté que yo fabricaba estropajos con estaño. Ellos me dijeron que los visite en su fábrica y me dijeron que, en lugar de usar estaño, podía usar fosfato para evitar que el alambre se oxidara.

A partir de ese encuentro, empecé a fabricar alambres fosfatados.

Al comienzo era difícil convencer a los clientes porque se negaban a aceptar la diferencia, no estaban acostumbrados. Pero como el fosfato valía un décimo del valor del estaño, lo terminaron aceptando.



José Lozupone.

Llegó un momento en que ya nadie usaba estaño. Y nosotros éramos los únicos hacían el proceso con fosfato. Eso hizo que desaparecieran mucho competidores. Llegamos a tener un producto único en el mercado.

Zollino y Lozupone, hoy

Actualmente, somos una empresa de renombre en el rubro del alambre. Hacemos productos con distintas aplicaciones.

Empezamos haciendo alambre fino para la fabricación de estropajos de acero, como los que se usan para limpiar utensilios. Hoy somos casi los únicos que seguimos haciendo este producto. Ya no se usa tanto el estropajo.

Hacemos alambres para alfileres. Uno de nuestros principales productos es el alambre para broches de abrochadora de oficina y para cartón corrugado. Tenemos una clientela importante, fruto de muchos años en el mercado.

Con mi cuñado Javier Zollino, seguimos siendo socios. Yo me ocupo de la parte administrativa. Él de la producción.

Además de mi actividad como industrial, también participo en gremialismo empresario en la Cámara de Elaboradores de Alambre y sus Derivados. Ahí colaboro con distintos colegas de empresas importantes, como Acindar.

El legado

Con Haydée tenemos tres hijos: Antonella (31), Gianfranco (30) y Juan José (29). Gianfranco es ingeniero industrial y trabaja conmigo en la empresa.

Zollino tiene dos hijos: Claudia y Germán. También trabajan en la empresa.

Estamos pensando en la sucesión y tratando de planificar. Pero no es fácil, porque la siguiente generación tiene formas distintas de ver el futuro y formas de ser diferentes.

Lo mío fue una vida de sacrificio. Aunque tuve golpes de suerte, la suerte más grande fue poder dedicarme a lo que me había propuesto hacer.

Siempre trabajé más de doce horas por día. Ahora ya puedo dedicar algo de mi tiempo al placer de jugar al golf y caminar por San Justo, mi ciudad.

Tengo la tranquilidad de haber sido un hombre de familia y trabajo. Nadie puede decir de mí que no me gané el derecho a disfrutar de todo lo que me queda por vivir.